

BIBLIOGRAFIA

MANUEL AGUD. *Elementos de cultura material en el país vasco (Nombres de vasijas, recipientes y similares)*, L. Haranburu, Editor, San Sebastián, 1980. 483 páginas.

Este extenso y cuidadoso trabajo de Manuel Agud es una cala en profundidad en la historia del léxico vasco. Luis Michelena, en el prólogo que ha escrito para esta publicación, ha señalado la importancia del libro en dos sentidos: primero como «excelente índice de los márgenes de seguridad e inseguridad con que, aun dejando a un lado en lo posible cuanto toque directamente a la etimología, hay que contar hoy en día en materia de léxico vasco», es decir, el problema del crédito que merece cada forma según aparece en los diccionarios, y en segundo lugar, «con excelentes índices» de las palabras estudiadas, como «una buena lista de lecciones prácticas» para el estudio de la etimología misma; de ellas, concluye Michelena, «se puede obtener una idea de lo que es la etimología en el campo vasco, de sus límites, más bien estrechos que amplios, de sus métodos y criterios».

Al transcribir estas palabras del prologuista, en las que se aprecia tan justamente el intento y el logro del autor, no puedo menos de recordar que el presente trabajo es la primera realización extensa de lo que autor, prologuista y reseñante que suscribe concebimos como plan ambicioso hace ya varios decenios, en 1950. Comenzamos con gran entusiasmo los trabajos para un diccionario etimológico, recogimos papeletas de toda la bibliografía que nos fue accesible, y hasta comenzamos a redactar, y por dos veces, nuestro trabajo, por orden alfabético.

Del primer impulso, basándome en Azkue y Lhande, y en las papeletas sacadas de todas las propuestas etimológicas que habíamos llegado a conocer entre los tres, redacté varios centenares de folios, y llegué hasta la letra K, y hasta empecé la L. Agud, en San Sebastián, en el Seminario Julio de Urquijo, recibía los folios, y las papeletas utilizadas. Allí tenía que redactar, con la colaboración de Michelena, ya en forma definitiva, el diccionario. Y comenzó esta redacción, y también preparó centenares de folios. Nuestro máximo etimologista, Joan Corominas, interesado en el tema vasco, como componente del complejo mundo lingüístico peninsular, mostró su

deseo de conocer el desarrollo del diccionario etimológico vasco, y en sus sabias manos la primera parte del mismo, que Agud le iba proporcionando, según él la daba por terminada, con su revisión y sus ampliaciones, fue creciendo tan desmesuradamente, que de la A a la D los folios, mecanografiados por Corominas o algún ayudante suyo bastante apretadamente, se acercaron al millar. No llegamos a confesárnoslo, pero nos quedamos un poco asustados. Corominas, embebido en sus otros diccionarios etimológicos (el nuevo castellano, convertido en general hispánico, y el catalán, por no hablar de su tremendo *Onomasticon Cataloniae*), renunció a continuar, y los tres iniciadores del diccionario nos hallamos también ante un hecho nuevo y de no fácil solución para nuestro trabajo. El euskera, con los afortunados cambios políticos que sucedieron a la muerte del longevo dictador, ha confirmado su porvenir, y con su uso como lengua oficial, escolar y de medios de comunicación, así como con la tendencia a la unificación, exige un diccionario distinto en sus lemas del que nosotros habíamos comenzado.

Y en realidad, hay que terminar el diccionario etimológico, pero no sin empezarlo otra vez. Es posible que Michelena, más vitalmente enredado que nosotros dos en la lengua y literatura vascas, encuentre, como dice en su prólogo, a diferencia de lo que ocurría cuando iniciábamos nuestro trabajo, que «el origen de las palabras, vascas en este caso, no atrae probablemente tanto como entonces la atención de las gentes». Pero a mi modo de ver, el hecho de que se nos siga preguntando, principalmente por estudiosos extranjeros, sobre la situación de nuestro diccionario etimológico, prueba que sigue teniendo importancia el conocimiento de la etimología de la única lengua superviviente de la Europa preindoeuropea.

Yo, el decano de los tres iniciadores, veo el problema como superior a mis fuerzas. Sin duda que en las nuevas generaciones de vascólogos, ahora ya, afortunadamente, en ambientes universitarios dentro del país, hay alguno o algunos que pueden ayudarnos a que la empresa no quede inacabada. Mis compañeros en la iniciación, en contacto con estudiosos que se forman en la nueva Universidad Vasca, habrán de buscar este apoyo a la empresa que hace tiempo comenzamos de otro modo, y que ha de orientarse de acuerdo con la nueva época en que ha entrado la lengua vasca.

Mientras tanto los azares de nuestra vida académica nos distrajeran de nuestra situación inicial. Michelena tuvo que alejarse de su Rentería y de San Sebastián, y yo dejé también Salamanca con su modesta pero ilustre Cátedra Larramendi. Agud siguió como centralizador y asiduo trabajador en la empresa, y como conciencia despierta de ella.

Y prueba tenemos en el presente libro, en el que las etimologías de un campo semántico determinado, los «nombres de vasijas, recipientes y

similares», se convierten, a través de la historia de las palabras, en historia de la cultura, precisamente de «elementos de cultura material». A través de 112 artículos, correspondientes a casi 500 voces, si contamos variantes, examina Agud la presencia y distribución dialectal de la palabra vasca, con sus semejanzas románicas o latinas, cuando existen, y otros parecidos más o menos dudosos, y estudia los problemas semánticos de las etimologías propuestas, y por fin llega a una conclusión sobre el origen de la forma, en definitiva sobre su significado en la cultura vasca: voz latina o románica, a veces procedente de un determinado territorio, es decir, con origen resueltamente gascón o castellano, etc.

El campo semántico de vasos y recipientes es especialmente importante por su relación con los usos domésticos cotidianos y necesarios, y por ser precisamente allí donde se ve el contacto con grandes corrientes culturales en la más íntima vida popular. No nos sorprende por eso que, a propósito de las numerosas variantes de una voz vasca, haya que recurrir a una palabra griega recibida en el latín, o a raras y dudosas formas del latín vulgar o tardío, o a la selva frondosa de las formas románicas, que acaso cruzan sus zonas de influencia en los distintos territorios vascos.

Nos abstenemos de dar ejemplos porque ello nos llevaría a una reseña demasiado extensa, pero es evidente que un diccionario etimológico vasco completo constituiría una documentación histórica insustituible en el mundo vasco, a la vez que nos instruiría en puntos oscuros de la etimología de grandes territorios. La elección que hizo Agud de un campo semántico con especiales dificultades sirve de advertencia para que le demos toda su importancia a los elementos populares, a ese mundo de lengua no escrita, que lo mismo toma préstamos de lo más reciente, que conserva del modo más inesperado una forma arcaica.

Agud maneja los datos en el mundo que ha elegido con soltura y prudencia, y elige en general la mejor solución en vista de los datos existentes. Las razones para sus conclusiones se hallan justificadas en los capítulos de introducción, en los que se informa críticamente del estado actual de los conocimientos en cuanto a los más antiguos límites conocidos del territorio euskaldún, la historia de la romanización (tomando en cuenta los datos de la exploración arqueológica y los de la toponimia) y los innegables préstamos tomados ya en la antigüedad del latín, acreditados en formas de pronunciación clásica aún, como en los conocidos ejemplos de *bake* 'pacem' y *errege* 'regem'. Después examina las relaciones del vasco con los principales romances vecinos: castellano y gascón (que en las estadísticas finales se completan con el navarro-aragonés y el catalán, p. 438), y también los elementos románicos en los que no es posible reconocer la pertenencia dialectal.

De importancia, por servir de indicio de antiguas zonas vascas, o de tendencias generales que se extienden, a través de fronteras lingüísticas, hasta el mismo territorio euskaldún, es el estudio que hace Agud de las «concordancias fonéticas del vasco con las lenguas próximas». Enumera una serie de rasgos de probada significación: repugnancia a la *r* inicial (que se daba en ibérico), conservación de sordas intervocálicas (propia también de dialectos románicos pirenaicos, y extendida a veces en aragonés), sonorización de oclusivas tras *n* o *r*, falta de *f* (también en ibérico, y cambiada en las palabras latinas en *h* en castellano y en gascón), pérdida (como en galaico-portugués, con indicios en Asturias y Cantabria) de la *n* intervocálica, repugnancia (como en castellano vulgar) a la agrupación de *muta cum liquida*.

Se trata o de relictos vascos o de corrientes lingüísticas más difundidas que han influido decisivamente en la formación del euskera.

Las conclusiones de Agud comienzan por tratar un problema que en general se suele descuidar: el del por qué y el cómo de la sustitución del léxico. Dobles nombres para la misma cosa, aceptación de las denominaciones dadas por los dominadores o vecinos que llegaban con los beneficios del progreso técnico y cultural. El desplazamiento de un término por la denominación advenediza se produce sin duda cuando, como resume Agud, la palabra de «préstamo trae una innovación en el empleo, en la forma, en el rendimiento, etc., que haga innecesario el objeto autóctono».

La continua sustitución, a través de la convivencia, a lo largo del tiempo, con pueblos distintos, o con pueblos cuya forma de hablar evoluciona poco a poco (así pasan los romanos antiguos a románicos medievales), hace a veces difícil y oscura la atribución de una forma alienígena a un período o a una zona lingüística precisa. Aun así se atreve Agud a presentar con éxito una verdadera distribución en capas etimológicas de los materiales estudiados: 22 artículos de este libro se dan como latinos seguros y 14 como probables; de origen gascón o bearnés da Agud 42, 24 de castellano, 15 de navarro-aragonés y catalán, y 7 de francés; quedan otros 20 términos románicos, sin que se marque de modo característico un origen preciso; 8 son culturales y viajeros, de origen problemático, y de 8 se puede decir que son genuinamente vascos.

Los que comenzábamos hace treinta años nuestro trabajo como etimologistas nos hubiéramos sentido algo desilusionados al no hallar en este capítulo de las vasijas las conexiones con mundos lingüísticos más remotos, y que han sido un comodín en el juego de las etimologías vascas: ninguna coincidencia se señala con el bereber ni con lengua caucásica alguna, ni menos con otras aún más exóticas, como el siberiano chukchi o el remoto burushaski de las alturas de Pamir. Ahora nos es fácil consolarnos atribuyendo al carácter cultural del campo semántico de las vasijas la dificultad

para que se mantenga lo que teóricamente habría de ser —si rastreable en absoluto— conexión remotísima en el tiempo.

Naturalmente no tenemos derecho a extrapolar los resultados en este campo de significación cultural, a otros del léxico vasco con diferentes características. En materia de vasijas y recipientes, el léxico de cualquier lengua puede suponerse que es más receptivo y abierto, y el intercambio es frecuente. Sin duda que hay campos donde el tanto por ciento de las supervivencias autóctonas es mucho más alto. Y quizá en ellos se podrían rastrear conexiones de gran profundidad temporal.

Pero en el campo que ha elegido, Agud nos ha dado, con una excelente lección sobre la etimología, y la misma lexicografía general del vasco, una muestra de lo útil que será ese diccionario etimológico que habíamos imaginado, en el que hemos trabajado largas horas, y que ahora vemos por fin cómo se podría hacer y cuán necesario es.

Antonio TOVAR